

El impostor que no quiso serlo

POR LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS

Doña Florence Fogarty, una encantadora dama inglesa, poseedora de una inmensa fortuna, era una anciana que se sentía muy solitaria a pesar de vivir rodeada de una gran cantidad de sirvientes en su lujosísima mansión. Sus pensamientos más felices los tenía cuando imaginaba el regreso de su único pariente: un nieto desaparecido en combate, del cual solamente guardaba una foto, conservando, indeleble, el recuerdo de la última vez que lo vio cuando éste tendría unos cuatro años.

Ella estaba ahora en el invernadero de su hermoso jardín donde pasaba algunas horas diarias cuidando de orquídeas y tulipanes. Este entretenimiento le producía alivio a su soledad y, además el cultivo de las flores le había merecido reconocimientos internacionales. A su lado estaba su querida mascota: un avispa perrito faldero.

Sus viejas manos acomodaban una planta mientras recordaba a Emilie, la hija, quien antes de embarcarse con aquél “bueno para nada” de su marido americano, y llena de furia le gritó:

—Tú siempre has querido mandar en mi vida, mamá, y piensas que tus decisiones son las únicas correctas. Pues me voy con mi esposo y mi hijo y te prometo que ya nunca más nos verás.

Emilie había continuado hablando, pero Florence ya no la escuchaba, sólo veía los ojos llorosos de Ernest, su nieto adorado, el cual en un último arrebató infantil se zafó de

la mano de su madre y corrió a abrazar a la abuela, quien lo apretó contra su pecho. Todavía llevaba ese recuerdo prensado, adherido -pensaba Florence con tristeza-, porque se aferraba a la ilusión de volverlo a ver, aunque desde aquél momento habían pasado veinticuatro años.

Durante ese tiempo, Emilie cortó toda comunicación entre ellas hasta que, dos años atrás y desahuciada por los médicos que le diagnosticaron una enfermedad terminal, escribió una carta a su madre y le pidió que tratara de encontrar a su hijo Ernest. A pesar de que el ejército le informó que había desaparecido en combate, nunca se había encontrado su cuerpo. Emilie le adjuntaba una foto del nieto vestido con uniforme militar.

Florence escribió numerosas cartas e hizo incontables llamadas trasatlánticas al Ejército de los Estados Unidos, pero sólo recibía negativas: nadie sabía nada sobre su paradero. Sin embargo, ella no se resignó: su nieto debía estar en alguna parte. Finalmente, desesperada en su intento de dar con él contrató los servicios de un detective a quien prometió una considerable suma de dinero si se dedicaba, de manera exclusiva, a encontrar al nieto ausente. El primer informe que éste obtuvo fue muy triste: efectivamente, su hija Emilie había muerto poco después de enviar la misiva.

De ese suceso hacía siete meses. En este momento Florence Fogarty estaba en el invernadero donde aguardaba a Stevens, el investigador, el cual arribaría en cualquier momento. Desde allí vería la llegada del automóvil. Estaba tratando de dominar, estoicamente, el revoloteo que sentía en su viejo corazón, a partir de cuando éste le informó que desde el lugar en donde se encontraba no podía darle muchos detalles, pero que había dado con él.

Mientras conducía hacia la casa de su cliente Stevens sonreía, consideraba que había sido una investigación muy ardua la en-

comendada, sobre todo si se tenía en cuenta que se encontraban en tiempos de guerra en donde los procedimientos burocráticos que de por sí son lentos, ahora ni se movían, anquilosados y relegados por las obligaciones de las tareas más urgentes. Un pariente desaparecido en combate era un caso de entre miles que tenía que manejar un gobierno y, aunque él se consideraba bueno en su profesión, sus pesquisas no habían dado resultado positivo, por esa razón consideró una bendición divina el haberse encontrado cara a cara con aquel joven soldado que yacía en una cama de hospital y cuyo increíble parecido con el de la foto lo llevó a pensar que había dado con el hombre correcto.

Buscó con ahínco todo lo referente al chico, pero encontró muy poco. Sin embargo, esa exigua información le indicaba que no se trataba de Ernest, sino de un soldado que debido a un traumatismo de guerra sufría de amnesia y, desafortunadamente, los padres, sus únicos parientes, habían muerto en un accidente antes de recibir la noticia sobre su paradero. Amparado en sus tretas de detective falsificó los documentos necesarios que lo autorizaban para sacarlo del hospital y llevar al joven enfermo donde un familiar cercano, inexistente por supuesto. Fabricaría el caso perfecto de suplantación de personalidad —se regodeaba el detective.

Aunque el dinero que le daría doña Florence era el motivo de su timo, él se envanecía para sus adentros por haber encontrado el “*match*” ideal: de un lado tenía a un hombre enfermo de amnesia crónica y sin familia, y del otro, a una anciana deseosa de tener en sus brazos al nieto amado. Y si, además, se tomaba en cuenta el increíble parecido con el de la foto, el asunto parecía una conciliación pactada en el mismísimo cielo.

Ernest, por su parte, sentado a su lado, miraba las manos regordetas de su salvador,

el hombre que había llegado hasta la clínica para ofrecerle un nombre y un futuro porque de su pasado no recordaba nada. El señor Stevens le habló sobre la terrible enfermedad de su madre Emilie y el próximo encuentro con su abuela, y él se sentía esperanzado por primera vez en dieciocho meses desde que sufrió aquel fatal traumatismo.

El perrito de la señora Florence fue el primero en anunciarle la cercanía del automóvil. Ella puso sobre un banco sus tijeras podadoras, los guantes, el sombrero y el delantal de jardinera y salió del invernadero con un cesto repleto de coloridos tulipanes, los cuales colocaría ella misma en la habitación de su querido nieto.

Ernest podía distinguir desde el auto a la dama que desde lejos les saludaba con un pañuelo; estaba realmente extasiado con los extensos jardines y la magnífica y señorial mansión a la que se aproximaban. La tarde, que había estado nublada, se aclaró: las nubes se separaban para dejar pasar los rayos del sol; parecía como si éste hubiese decidido asomarse con el único afán de no perderse el esperado encuentro, porque una vez terminados los saludos y los abrazos, y cuando ellos se adentraron en el caserón, se volvió a ocultar, satisfecho.

El detective habló por breves momentos con la señora Fogarty y ella le entregó un sobre con el segundo tercio del pago, pidiéndole que por favor esperara diez días por el resto. “Cosas de viejas” pensó Stevens para sus adentros cuando subió al coche y se dirigió a la ciudad.

Entre la supuesta abuela y el joven, que sin saberlo estaba usurpando la posición de nieto, había nacido una relación muy especial y cariñosa. Ella estaba radiante y rejuvenecida por sus recién adquiridas obligaciones de abuela y él, un hombre bueno, le correspondía.

El destino que parece ser veleidoso y anto-

jadizo es, algunas veces extrañamente simétrico porque una hermosa mañana, después de desayunar juntos en una de las terrazas, doña Florence despedía al nieto, quien iba a hacer, a lomos de caballo, un recorrido por la propiedad.

—Toma —le dijo ella con dulzura y le alargó un panecillo envuelto en su pañuelo de encaje—, no has comido suficiente.

—Si me sigues alimentando de esa forma, un día de estos reventaré —se quejó sonriente y aceptó el obsequio.

Ambos rieron y el perro ladró de contento, y se fue tras el caballo. Doña Florence llamó un par de veces a la mascota pero ésta no regresó. ¡Qué rápido le ha tomado cariño!, pensó y lo dejó alejarse. Pasados unos momentos se acomodó en la mecedora blanca de mimbre y se quedó plácidamente dormida.

En el campo abierto cercano a la casa, mientras cabalgaba, el caballo se encabritó espantado por el siseo de una serpiente a la que éste casi pisó. Tiró a Ernest al suelo, con tan mala suerte, que cayó boca abajo y se golpeó la frente con una piedra. Hombre, caballo y perro estaban asustados, pero Ernest logró sentarse, alcanzó el pañuelo de encaje que le dio la abuela y se limpió la herida. Pensó que ésta no sería muy grande, a juzgar por la poca cantidad de sangre que tenía el pañuelo. Sin embargo, tuvo dificultades al tratar de incorporarse y pensó que se había roto el tobillo.

Se quedó sentado, esperando reponerse, aunque lo inquietaban unas imágenes dispersas que le transmitían sus neuronas, que le llegaban como lamparazos, pero difusas, y él no lograba hilvanarlas.

Mientras tanto, el avisado perrito de doña Florence robó el pañuelo ensangrentado y corrió hacia donde su ama; al llegar lo depositó en el piso y ladró con alboroto buscando su atención.

Ha pasado una hora y media. Están en el

hospital y han sucedido cosas extraordinarias: Las imágenes que le envía el cerebro de Ernest son cada vez más nítidas, pero no ha hablado con su abuela todavía sobre ese algo que se recolocó en su memoria y que lo lleva a concluir la triste verdad: él no es Ernest.

Doña Florence, por su parte, sintió una premonición al ver esa constelación de gotas de sangre en el pañuelo y mandó a que tomaran una muestra de sangre de la herida para hacer una averiguación —ella sabe el tipo de sangre del nieto porque se menciona en un documento del gobierno americano que conserva— y está aguardando, anhelante.

Sentada en una butaca de la sala de espera, Florence se siente entumecida por dentro, la expectativa la ha hundido en un pozo de incertidumbre; pasa los dedos finos por sus cabellos blancos como queriendo asirse a la lucidez que le han dejado los años. Entonces se endereza en la silla y permite a su mente calmarse con las reminiscencias del sentimiento que experimentó cuando se supo abuela. Las imágenes se sucedieron unas a otras, suturando el pasado y dándole valor para afrontar el presente; acto seguido, quemó las naves de su cobardía y fue por el resultado.

Poco después ambos regresaron por separado a la mansión de los Fogarty. Afortunadamente, lo de Ernest no fue grave, aunque han vendado su pie y el doctor le aconsejó que usara muletas por un tiempo. En realidad, la contusión la sufrió en el alma; en pocos minutos se verá cara a cara con doña Florence y él ya sabe lo que dirá a la gentil dama.

Doña Florence está en su habitación doblando una carta que introducirá en el sobre donde ha colocado el dinero que le adeudaba al detective Stevens. En ella ha escrito una nota de agradecimiento con palabras almibaradas, a pesar de tener la garganta repleta de palabras con hiel. Se lo dará al chofer para que lo entregue cuanto antes.

Contiene la humedad que puja por salirse a los ojos y hace acopio de toda su entereza, es verdad, se dice, "hay certezas que matan", pero —y se corrige ella misma— la única sabiduría, la esencial, es la de saber vivir y, haciendo un esfuerzo, sonrío y sale de la alcoba en dirección a la terraza donde Ernest la está esperando.

Él se encuentra sentado en una silla extensible, con el pie sobre almohadones. Doña Florence se le acerca, le da un beso y, al contemplar el esplendor de sus ojos color miel, le dice con voz dulce y cantarina:

—¿Cómo se siente mi nieto adorado?

Transcurren unos segundos de silencio que permiten al joven sopesar la verdad... finalmente responde:

—Mucho mejor, querida abuela.

El perro los mira a ambos como si supiera lo que sucede y, contagiado por el cariño que se profesan, empieza a ladrar y a hacer cabriolas. Las nubes se detienen curiosas y los pájaros, que antes piaban, han empezado a cantar.



LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS: Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003, de la UTP. Libros: *Si te contara...* (2004); *La viuda de la casa grande* (2005), *No se lo cuentes a nadie* (2007); *El caso el asesino del ascensor y otros cuentos* (2008); *A cuentagotas* (2009). *La tarde en que llegaste a verme* (2010).

El despertar

POR CLARIBEL ALEGRÍA

nicaragüense

Fue a mediados de mayo. Laura y Juan Carlos, sentados frente a una mesita del bar contemplaban el paisaje marino saboreando un Extra Seco. Habían venido a pasar el fin de semana a Montelimar y se hospedaban en uno de sus bungalows, el número 233.

—¿Por qué no vamos a nadar un ratito y después volvemos a terminarnos las bebidas? —sugirió Laura—, el sol ya se va a hundir y quiero ver la chispa verde. ¿Nunca la viste, verdad?

—No —dijo Juan Carlos—, creo que son cuentos tuyos.

—Vamos —se puso de pie Laura.

—No se lleve las bebidas —le dijo Juan Carlos al mesero—, dentro de diez minutos regresamos.

—Está bien, pero mejor déjelas pagadas.

Juan Carlos sacó dos billetes y se los extendió.

—Podés quedarte con el vuelto —dijo.

Laura salió corriendo hacia la playa en su bikini estampado y Juan Carlos la siguió con pasos medidos.

Apurate —gritó Laura— o no vas a ver nada.

Agarrados de la mano se internaron los dos hasta que el agua les llegó a la cintura. El sol, un enorme disco rojo, empezaba a hundirse en el horizonte.

—No dejés de mirarlo y procurá no pestañear —dijo Laura con voz cantarina—, cuando veás la luz verde, pedí tres cosas y verás cómo se te conceden.

—Supersticiones —le apretó Juan Carlos la mano y ambos fijaron su mirada en el sol.

Ya, ya se va a hundir —decía ella cuando